

hieren a un alma que sólo encuentra el sosiego desde el fuego de la metáfora, desde el dolor de la escritura?

Abrasarán aún más estos versos, como llamas que refulgen a las caricias del viento; hallarán el sitio exacto entre el decir y la pluma y la poetisa se aprestará entonces a entretejer otros cantos, moderna Penélope que transmuta la delicada tela por la página y atrapa en el tiempo la dicha de la espera.

Septiembre 26/94.

Rosalina García

De íntima brasa

Los Teques, Ateneo de Los Teques, 1994 (2^{da}. edición)

Yolanda Osuna

Cuando salió a la luz este hermoso poemario de Rosalina García, allá por el año 87, tuve el honor de ser escogida por la autora para ponerle unas palabras de presentación. Hoy, que celebramos la segunda edición del poemario *De íntima brasa*, siento renovada la confianza de la poeta en mi lectura.

Es así, pues, como voy a compartir con ustedes mis impresiones, en esta nueva lectura que hago del poemario de Rosalina, porque es una característica de la poesía el presentar una riqueza variable para cada lector y hasta para un mismo lector que acostumbra embriagarse con los tonos y acentos musicales de la palabra escrita.

Actual 393

En la parte I del libro, bajo el mismo título *De íntima brasa*, descubrimos una búsqueda de la voz poética, transitando la ruta del misticismo. Pensamos que la impronta más remota de esa búsqueda está cifrada en la infancia de la autora. Yendo más lejos en la interpretación, diríamos que los poemas de este libro arrancan de una educación del espíritu -común a muchos hogares de nuestra América- en la vía del cristianismo. De allí la red de relaciones que hacen de estos versos sencillos, poesía trascendente, porque habla de los misterios de la concepción, de la vida y la muerte; también de la permanencia y de los triunfos del amor y del espíritu; oíganos:

Quizás, su rostro: (p. 24)

Agua vista en el sueño,
agua arcangélica,
cristura que me toma
con su dulce manar,
o su alta furia.

Despierta sentidos
dormidos en vigilia,
memorias diluvianas,
y tibieza del mar del primer día.
Tal vez seas
respuesta a mi deseo de ver su rostro
después de mi oración en rebeldía.

y este otro: (p. 25)

Desvanecidas ya todas las cosas
en la negrura de la última noche del mundo
buscabas asilo sin hallarlo.

Más, ahí, em tu íntimo jardín
se iluminó una puerta azul;
abrióse su protigo:
EL, dulce y amante,
te hizo pasar.

II

"Quien tanto amó"

Se abra la segunda parte con un poema marcado por siete estrofas entre las cuales saltan los versos de 11 sílabas tan distinguidos por el acento de los clásicos españoles, como el inmortal San Juan de la Cruz. A este padre de la más alta poesía del amor, debe la autora, su acento y el afán del halazgo de esa llama encendida que la atrae y que multiplica con su fulgor los rostros del **amado**.

El amor terreno se eleva y se confunde con el de amantes de universal simbolismo: Sulamita la del Cantar de los Cantares; Penélope, Ofelia, con las cuales enlaza una melodía doliente, de pérdida, de deseo y evocación, que se hace excelencia en el titulado PENELOPE (p. 31).

Sobre las aguas oscuras del olvido
con hilo antiguo tejo una red de oro,
trama engañosa que desafió la espera
con la continua urdimbre de la tela.

Al fin del ejercicio
sólo queda
la sangre empapando las guedejas, sedienta lana
que bebe mi existencia,
pendiente de la punta de una aguja.

III

"De la tarde evoco"

Aquí la evocación transforma la realidad, se hace persistencia y misterio; por ejemplo en el poema **VISION** (39) donde un rostro asoma como imaginaria, en una piedra dibujada por el limo acuático; o se hace figuración de la muerte en la imagen sagrada que a su trae la memoria de "los muertos familiares".

Se podría asegurar que la "Toma de Alción" forma un segundo libro, por la variedad temática. Sin embargo, hay unidad entre esta parte y la primera formada por los tres subtítulos mencionados arriba. Hay unidad a partir del título y de un léxico griego usado por la autora. La hay en cuanto persisten las constantes que encadenan la totalidad del libro; son ellas el amor místico y la búsqueda del acercamiento al amado. El recorrido que sigue la voz poética va integrando la naturaleza en una doble faz: follaje de frescor y sequedad de aridez; el encuentro amoroso y la fuga; y la ambivalencia del amor: terreno o metafísico; carnal o del espíritu. Oigamos:

El Verano (p. 48)

Uno es el bosque herido con mi amor;
una,
su aridez
después de las acndelas.
Su ceniza ardiente en mi vestido
hace rescoldo al sueño
y más se enciende
con el paso fugaz

de tu hermosura.
Ascético Señor,
brasa me vuelves:
-ni huesos-
arreatado temblor
de las cadenas.

Embriaguez (p. 63)

Una fragancia azul hay en tus huesos;
un vuelo de mariposa entretenida
en la brevedad del día.
Hija es del relámpago
que cruza los espacios
para inscribir en ti
ese novísimo perfume.
Si caminas
se derrama en su pomo
y te enciende la cara
en suavísimos presagios;
y al alcanzar tu aliento
a todos nos trastoca.

Hay en la última hornada de este bello libro, poemas hechos con el deleite de la sensualidad y el enamoramiento de la belleza puesta en los seres humanos o vegetales. De ello nos hablan algunos muy breves como los de la serie titulada *DE MIS TRAJES*:

V: El traje del león/ es su melena;/
en mi cabello reverbera/ a la hora de verte/ en el violeta de la tarde;/
que me enciende/ una estrella tranquila/ en la garganta.

y también en el que nos ofrece el recuerdo de la madre:

VI: (72)

Un día a mi madre/
se prendió al pecho
piedras de humilde orfebrería
vendidas por viajeros ambulantes.
Recuerdo su diligencia/ al colocarlas
en la tela/
aquella tarde
que multiplica su nostalgia
en el sesgo del día.

este acento conversacional, narrativo, se prolonga en el grave y certero poemas *DE AMIGOS* (75):

Intinerantes amigos/ he tenido/ como los pájaros/ cantan: unos en silencio;/ otros, en voz ardida./ Los mantengo/ tras la celosía/ o los guardo/ en sus reales aposentos,/ de viajeros entretenidos/ con las canciones/ de su compañeros/ en vigilia./ Por las tardes/ mi soledad socorren;/ yo los escucho/ con fingida atención/ que es sólo amor./ Lo que más cuenta/ son los ecos lejanos de sus voces;/ lo eterno”.

Los dos últimos poemas que cierran el libro conjugan la sensualidad más afinada con la mayor sutileza de ese espíritu cultivado para el pensamiento filosófico y religioso que teje la catadura humana de Rosalina García. Gracias le damos por permitirnos el solaz de su palabra encantatoria.

Octubre 27/94.